

ÚLTIMA RESPUESTA A UN SEGUNDO

Por *Carlos Real de Azúa*

En más de una ocasión, leyendo a mi replicante, he llegado a sospechar que él confía que buena parte de sus eventuales lectores no leerán mis respuestas. Es una carta más de su penoso mazo polémico que no le envidio, ciertamente. Y, para probar mi dicho, traigo ahora algunos ejemplos.

¿Cómo podría afirmar –en caso contrario– que yo estoy **defendiendo cada vez menos** el libro de Solari? ¿Por qué omito discutir que mi sexta y séptima notas contienen críticas mucho más sustanciales al planteo de Solari que todas las que le ha hecho? Es claro que yo no tengo una cuestión personal con el libro, como mi segundo parece tenerla. No me interesa ni “*defenderlo*” ni “*atacarlo*”. Me interesa su tema. Es obvio.

EL SENTIDO DIALÓGICO DE LA VERDAD

Sin la creencia de que sólo lo han de leer a él, ¿cómo explicar su método de citarme abundantemente pero citarme en forma trunca, fabricando contradicciones donde no las hay? (El fin de otras abreviaturas ya quedó en claro antes). **Reconoce... no reconoce.** Sobre el carácter ensayístico o científico del libro y sobre ese problema de la fecha de origen que tanto le apasiona, el profesor emplea un procedimiento que es la mar de divertido. Consiste en tomar mis afirmaciones por cada uno de los extremos, salteándose todo lo que va en el medio. Si me cita en lo que parezco concederle y me cita en lo que parezco negarle, el resultado es inevitable. Y con la índole de mi argumentación siempre podrá hacerlo. No con buena fe, por cierto. Porque cuando hago una aseveración muy frecuentemente la matizo, la complemento con una atenuación, trato de ponerla en su justo punto. Creo que hay que tener el sentido dialógico de la verdad y mucho respeto por la verdad misma. Quien todo lo vea blanco o negro, quien no pueda escaparse de su cuadrículado mental, quien sólo vea las líneas gruesas, quien no tenga el sentido del matiz, quien no comprenda la función insustituible de lo complementario, raramente ha de coincidir conmigo. El profesor no sólo parece muy cómodo en una postura de este tipo sino que resulta de una ingenuidad semántica y dialéctica digna de antología. Si hubiera citado íntegramente todo lo que sostuve sobre el carácter del libro se vería que no hay en ello ninguna contradicción. Yo no voy a hacerlo, dilatando esta ya larguísima replica. Está en ÉPOCA del 4 de febrero de

1966. El que pueda leerla o lo haya hecho, verá que no hay en ella ninguna contradicción y advertirá, de paso, que el profesor Ardao se niega a discurrir sobre lo único importante y, en especial, sintomático, que la contradicción (ahora sí) del autor y el libro suscitan. Él ha señalado con gesto triunfal que yo no había vuelto sobre el tema de las fechas de las polémicas; yo podría llenar un número de MARCHA o de ÉPOCA con todos los asuntos que él ha descartado o rehusado-discutir. Porque, para poner un caso, no es repuesta decir que yo me aferro ahora a mi tesis del carácter ideológico del tercerismo, si bien primitivamente, en condición de ESBOZO o TORSO. Ni menos alinear en forma deliberadamente caótica cinco o seis corrientes políticas y preguntarse con gesto triunfal qué puede existir de común entre ellas. Sobre ese carácter ideológico del tercerismo en su condición de esbozo o torso hablé no “ahora” sino desde el “*principio*” y él en cambio ha denegado tenazmente deliberar sobre una verdad elemental y hasta perogrullesca. Esto es, que **si una posición se adopta en forma común no hay algo común también que determina que ella se adopte**. Como no sea que el “*tercerismo*” pertenezca a la categoría de los actos gratuitos.

Pero esta cuestión se relaciona estrictamente con la otra –que a él tanto le enciende– del origen y desenvolvimiento del ya dichoso tercerismo. Y en esto vuelvo a repetir que el profesor Ardao es de una ingenuidad semántica y dialéctica inverosímil, de un “*fijismo*” inconsciente que es raro en un hombre de nuestro tiempo y que, sobre ello, enseña filosofía. Él me señala contradicción en que yo acepte que el tercerismo se PLENIFICÓ hacia 1947 (o año más, año menos) y sin embargo siga insistiendo en que ninguna postura (y el tercerismo entre ellas) nace abruptamente y haya por ello traído a colación antecedentes indiscutibles. (Ya mencioné en esta nota alguno.) Pero, lo que es más grave, y lo que me hace hablar en especial de ingenuidad semántica, es que el profesor NI SIQUIERA COMO HIPÓTESIS acepte la posibilidad de un “*modelo*” que es en verdad el centro de la tesis que pensé desarrollar y sólo quedó, ella también, en esbozo. Esto es que si lo que fue originariamente una posición, adoptada desde muy diferentes perspectivas ideológicas y con un tenue núcleo común, no sufrió después transformaciones, no se movió en el tiempo, no varió. Y haciéndolo, no se volvió más densa y más unívoca, no se fue dibujando hasta ideología, no se hizo incompatible con actitudes que primitivamente lo habían sostenido, y aceptable para otras que en esa primera instancia lo habían rechazado. Todo esto en el cuarto de siglo más endiabladamente revuelto y dinámico que la historia haya conocido. Todo esto aun sin tener en cuenta la multiplicidad de significaciones (técnicamente: polisemia) del “*tercerismo*”, a la multiplicidad de planos en que puede darse. A este tema –sobre el que Solari también pasa– planeaba dedicarme. No con el fin, claro, de convencer al profesor Ardao. Para él, curioso filósofo, los términos (y ello en el lenguaje político, el más equívoco, el más resbaladizo, el más capcioso de todos) tienen un solo, original, definitivo, inamovible sentido. A él su

posición, yo a la mía y a terceros a reflexionar sobre el punto si lo suponen necesario.

ALGUNOS EPISODIOS

Vuelvo –muy de prisa– a cosas más chiquitas y personales y a mis barruntos de que el profesor confía en que no me lean. Porque de lo contrario, ¿cómo juzgar que él afirme que yo **elogio** al integralismo porque haya recordado que pasó por él un brasileño y latinoamericano tan estimable como Santiago Dantas? En sus cursos de enseñanza media debe enseñar lógica el profesor y hay que presumir que conoce algo sobre falacias; hay que pensar que ese algo lo recuerda cuando su ánimo está un poco más sereno que ahora. ¿Cómo calificar así esta suposición de que el aprecio hacia alguien implica el encomio de todas las etapas sociales, políticas, ideológicas, por las que pudo pasar, desde las que pudo echarse a andar y, tras golpes y redefiniciones, encontrarse?

En otras oportunidades su recurso característico representa una variante de viejos artificios de propaganda. Es el que consiste en subestimar la capacidad de discriminación de lector. Pues, sin esa infravaloración, ¿cómo puede pensar el profesor que posea valor de réplica un párrafo mío, una frase que tiene la fronteriza calidad juvenil de los 29 años? Vale la pena recordar que yo alegaba no haber conocido ninguna “*organización especializada antisemita*”, racista, hacia los años de la guerra mundial. Que las hubo y aún las haya (a estar a la sección “*caballeros*” de los cafés montevideanos) es probable; entre los de un cuarto de siglo atrás, el grupo “*Fragua*” –con el que por otra parte nada tuve que ver– tengo la impresión que desbordaba (con cierta ambición) la “*especialidad*” a que me refería. Y menos la “*Acción Nacional*”, en la que milité, participé y en una época hasta presidí, pero que ya no existía al iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Pero el profesor ha sacado de su mazo un texto que me deja como mentiroso. Es un parrafito (o parrafada) de una nota publicada en un periódico titulado ESPAÑA NACIONALISTA. Dirigido por un señor Santiago Gomis a quien nunca conocí –la página la entregué por medio de un tercero– creo que no pasó de media docena de números y su tema, exclusivo y motor, era la defensa de la causa franquista. Que la propaganda de ésta se haya centrado en el antisemitismo es la primera noticia que tengo de ello (y puedo atestiguar que conozco bastante bien la literatura política de esa época). Que el antedicho periódico haya respondido a un movimiento o grupo de acción propiamente dicho, es algo que nunca supe. Y que mi parrafito (o parrafada) testimonie mi participación en un grupo militantemente antisemita ya llega a los límites del dislate. Expresión de una retórica católico-integrista exaltada, mezcla los temas del hispanismo tradicional con la virulencia de una religiosidad decorativa y belicosa. De más está decir, y espero se me crea, que aunque tenga veintinueve años de escrito su estilo y su contenido no dejan de apesadumbrarme. La mención a “*judíos, masones y comunistas*” era en esos textos ritual –todavía

creíamos que eran un todo indisoluble. Podría proporcionarle a cualquier otro que no fuera el profesor –al profesor incluso– una carpeta entera de material semejante. Y tal vez otros periódicos, y hasta fotografías, del quinquenio 1936-41. No cabe duda de que, con tan valioso repositorio, sus críticas al libro de Solari quedarían muy fortalecidas, su réplica a mis observaciones cobraría una demoledora eficacia y su versión del tercerismo se haría incontrovertible. Por ahora me quedo observando un punto. El profesor Ardao es abogado y habrá alegado de bien probado en numerosas ocasiones. Si todos sus alegatos se basan en pruebas de esa categoría dudo bastante que gane muchos juicios.

Poco después –no recuerdo en cuál de sus numerales– el profesor aspira a dejarme de nuevo en falso. Es a propósito de mi libro de 1943, **España de cerca y de lejos**. Unas líneas de su prólogo, en las que se habla de LA DERROTA DEL NAZISMO, le dan pie para suponer que toda la obra fue una abyecta tentativa de salto al carro de los vencedores. Pero el profesor olvida la elemental verdad psicológica de que cuando alguna causa –originariamente o por nueva visión y dictamen– le parece negativa hasta el extremo de la malignidad, mecanismos tiene la conciencia –ética, histórica– para dar por descontada su derrota. En MARCHA, desde 1939, hay textos en que se da por segura esa derrota. ¿Era una realidad objetiva? ¿Lo era ya en 1943? ¿Y lo era a mediados de 1942 en que (como podría comprobarlo) el libro –más largo y complicado que lo habitual de los míos– comenzó a gestarse? Descender a estas minucias deprime, tanto contestarlas como preguntarlas.

PERSONALIZANDO

Personalizar, sin embargo, ha querido el profesor y personalizando he tenido que seguirle. Dos personas hay detrás de esta controversia más ilustrativa sobre ellas que sobre cualquier otro asunto.

Especialistas tienen la ética y la psicología profunda para apreciar en todo su significado la exuberante satisfacción de sí mismo –en su pasado y en su presente– que se desprende de las palabras del profesor. Es una de las “*buenas conciencias*” sobre las que noveló el mexicano y, en un texto más antiguo y más ilustre, el Evangelio, pasan algunos émulos suyos y aun una secta entera grabada con un mordiente que ha resistido los siglos. El tercerismo también tiene sus limpias manos y sus altísimas frentes. El profesor, en cambio, parece no comprender –él dice que me JACTO– el gesto de alguien que se asume con gesto enterizo en lo que fue, en lo que es, en lo que piensa que ha de ser. Tenga la seguridad el profesor que nadie “*se asume*” –por lo menos en todas las regiones de su ser– con alegría pero, de alguna manera, siempre accede a la conformidad quien, más allá del promedio de su vida, se ve más libre, más auténtico, más disponible para una acción que lo trascienda, que muchos “*puros*” y muchos orondos. Si el profesor quería golpes en

el pecho y, sobre todo, ante él, se va a quedar con las ganas. Si quería autocríticas del tipo de tantas conocidas, también se va a quedar en la misma forma, si no le basta la respuesta de que toda mi trayectoria intelectual de los últimos veinte años es esa autocrítica que yo mismo me he reclamado.

Él, claro, nunca cree haberla necesitado. Un tercio de siglo en el GRANÍTICO REDUCTO del latinoamericanismo, el antifascismo, el antimperialismo y la democracia-social. ¿No cree el profesor que para una guerra es demasiado tiempo en una trinchera o casamata o GRANÍTICO REDUCTO? ¿No cree que una guerra tan larga hubiera exigido alguna concepción de movimientos, alguna salida, alguna acción de entrevero, algún esfuerzo por romper las líneas? Él dice que tal vez por FALTA DE IMAGINACIÓN, y esta cualidad (y por más de una razón) bien puede reconocérsele. El profesor sólo ha mostrado imaginación en su historia de mi vida.

Un tercio de siglo en un GRANÍTICO REDUCTO parece en principio una actitud tan fiel como desusada. A no ser... a no ser ... A no ser que la satisfacción de la residencia en el GRANÍTICO REDUCTO supere con creces la conciencia de la factible ineficacia de tan largo enclaustramiento. A no ser que la “guerra” no se sienta siempre como guerra. Y a no ser también que el GRANÍTICO REDUCTO sea menos incómodo y tal vez más protegido que cualquier barrosa trinchera o trocha del mundo.

En su tercio de siglo de reducto, el profesor Ardao ha sacrificado sin duda muchas cosas. Muchas cosas que su talento le abría. Tal vez una gran carrera profesional, tal vez un remunerativo destino político. Pero el profesor reconocerá que a integrar “*la nueva clase*” han renunciado –y no sólo él– prácticamente todas las personas que algo importan en el sector cultural y enseñante del país. Con el agregado que para la inocuidad, el desmedulamiento y la rapacidad que importan casi siempre una carrera política triunfal en “*nuestros grandes partidos históricos*” no alcanza sólo una opción ética (negativa). También se requieren aptitudes determinadas, condiciones especiales que muchos, muchísimos, no poseen. Fuera de todo esto, es posible que el GRANÍTICO REDUCTO del profesor haya sido menos incómodo que las intemperies de otros y los variados desmarques de algunos. En su GRANÍTICO REDUCTO doctrinal, el profesor ha sido respetado como pocos. Casi ninguna personalidad importante del tercerismo o de la izquierda ha dejado de ser atacada –y algunas harto reiteradamente, incluyendo quienes son más allegados a él– por la “*prensa grande*”. Uno solo ha escapado siempre a este manoseo: es el profesor Ardao, un hombre que es garantía contra todos los excesos. De su GRANÍTICO REDUCTO, en alas de la historia de las ideas, ha salido también muchas veces. Varias preguntas ha hecho el profesor Ardao. Yo voy a hacerle una sola. Con esos amables y fructíferos congresos de la zona Caribe (cuyos “*líderes*” –Figueres, Muñoz Marín, Betancourt, el Juan Bosch de

antes- estudió con fraternal inquietud), ¿nada tienen que ver las consabidas “fundaciones” de las consabidas empresas del consabido país? ¿O se trata de un antimperialismo MA NON TROPPO?

EL PASADO Y EL FUTURO

No quiero seguir en este camino. Ni tampoco negar que en circunstancias históricas determinadas (que no creo justamente hayan sido las de los últimos tres decenios) esa persistencia un poco mineral –a lo del “*viejo de la pampa de granito*”– pueda no tener sentido. El profesor Ardao pudo reconocer que somos dos caracteres distintos y, en ese punto, el choque personal ser cerrado amablemente. En el **Tratado de caracterología** de Le Senne –párrafos 32 a 40– cabría encontrar las claves de nuestra diferencia. Soy uno de los pocos autores y/o personas que Solari cita en su libro. Una es para recordar la triste empresa del ruralismo, otra es para refutar –con pocos fundamentos a mi parecer–, una opinión mía sobre “*conciencia nacional*” en el Uruguay. ¿Qué artillería no hubiera desenfundado el profesor ante semejantes menciones? En cambio, de mí, dice que DEFIENDO un libro que así me trata. Yo no digo tanto: sólo que mantengo mi equidad. Ser un “*primario*” y no un “*secundario*”, para usar los términos de Le Senne sirve por lo menos para no resultar enfermizamente susceptible.

Actitudes políticas distintas implican también los dos tipos humanos. La jerga política acuñó el término de “*aventurerismo*” y la palabra, en verdad, no apunta a un fantasma aunque contenga connotaciones de medro personal que frecuentemente faltan en él. Me parece en cambio que las nociones de la “*contingencia*” y la “*ambigüedad*” de la historia que el pensamiento existencial maneja, dan mucho más en el centro del asunto, en el corazón de la cosa. Puedo decir que cuando leí **Humanismo y terror**, el admirable libro de Merleau-Ponty, mucho me fue revelado incluso sobre mí mismo.

Y entre ello los errores y los excesos a que puede llevar una vivencia demasiado intensa de aquellas dimensiones del acontecer humano. El profesor Ardao no está, ciertamente, en peligro de caer en tales baches. Para él la acción sólo importa percutir desde un más arriba de todas las mareas, la misma esporádica, y tal vez fatigada campana.

Eso le basta para su extrema satisfacción y para levantar el dedo acusador contra las confusiones y sus autores. Y para recordarme a mí sucesos de mis diecisiete años. Harto ya de todo esto, abrevio. A los diecisiete años estuve –como probablemente estuvo él– en todos los actos y manifestaciones contra el golpe de Estado de 1933. En 1938 apoyé la salida baldomirista. En 1950 trabajé por la candidatura presidencial de Eduardo Blanco Acevedo. Supongo que a eso es a lo que refiere cuando apunta mi militancia en los grupos MÁS REACCIONARIOS Y

PRO-IMPERIALISTAS DEL EX TERRISMO. Desde hace varias semanas el profesor Ardao es miembro de número del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, esa briosa corporación que preside el Sr. Ariosto González y que, como todos sabemos, se dedica hace tantos años a la audaz renovación de nuestros estudios historiográficos. Allí será cofrade del doctor Blanco Acevedo y podrá explicarle el fundamento de sus calificativos. Por mi parte, hoy que el Dr. Blanco está fuera del juego político, sigo opinando de él que fue uno de los uruguayos de los últimos decenios más dotados de capacidad de “*hombre de Estado*”, “*político*” poco feliz también y en general mal rodeado. Teniendo sin embargo en cuenta su indiscutible primera calidad, la posibilidad de su elección me pareció una contingencia interesante que, por otra parte, nada tenía de más REACCIONARIA y PROIMPERIALISTA que la de sus rivales.

Sobre la invención de un “*ruralismo popular*” en 1958 se ha hablado bastante y algún día habrá que hacerlo más. No ahora, por cierto. Pero hay algo en lo que el profesor Ardao falta claramente –y a sabiendas– a la verdad (para usar un término suave). El “*Chico-Tazo*” al que yo, marginalmente, y otros en forma mucho más cabal, tratamos de darle un alma y un significado positivo no era el MIMADO DE LA REACCIÓN Y EL IMPERIALISMO. (El profesor ha desenfundado para el caso un lenguaje que le es muy habitual.) Todo lo contrario. La prensa grande de ese tiempo, y especialmente la del Partido Nacional, no pasaba día sin cascotearlo. Y algún alto jurista de la oligarquía reclamaba contra él la intervención de los Fiscales del Crimen. No negará el profesor que con este cuadro y, en medio, un enigmático movedor de multitudes, la contingencia era aun más interesante que en el caso anterior y nuestro error tiene algunas explicaciones.

Me asumo, como decía, y no pido disculpas. Demasiado ineficiente fui en todas esas salidas para haber causado a nadie un mal objetivo e irreparable. Tampoco lo ha causado el profesor Ardao que, sin embargo, en este punto, nunca parece haber sentido la necesidad que a mí y a otros nos ha acuciado. Esto es: encontrar, no en el año 2000 sino ahora y aquí, una salida, una apertura, un “*take off*” al estancamiento, al envilecimiento, a la lenta muerte del Uruguay en que vivimos. Porque a él ni siquiera se le vio en 1962 y en oportunidad en que la izquierda buscó formas políticas viables y capaces de romper el cerco del crecimiento milimétrico.

Yo diría que eso, hasta nueva demostración, lo sitúa. Y lo mismo su casi inquebrantable silencio ante el fenómeno capital que, desde 1959, divide la opinión política latinoamericana. Sin embargo, aparentemente olvidadizo de su propia imprecisión, el profesor quiere saber dónde estoy y dónde estaré.

De dónde estoy, este mismo lugar en que le contesto algo podría decirle. Y también mis esfuerzos en 1962. Y también más de tres lustros de colaborar en MARCHA sobre temas por lo general mucho más candentes y cercanos que los suyos. Y también todo lo que he escrito desde hace mucho tiempo y en lo que poco (salvo en la forma) querría rectificar. Y siempre, a diferencia de él, saliendo al choque. Ángel Rama decía que los prólogos a la **Antología del ensayo uruguayo contemporáneo** son un manifiesto y tenía razón. Nunca, a diferencia de otros, oculté mis opiniones.

En cuanto al futuro, sobre el que el profesor irónicamente se pregunta, dejémosle a él la sentencia. Pero le puedo asegurar al profesor que si el Gran Cambio que tantos esperamos (no estoy seguro que él) no nos encuentra bajo tierra, ese futuro dirá quién va a ser capaz de servirlo con más devoción. Tal vez se dirá que no me impongo una marca muy exigente.

Carlos Real de Azúa